31-5-2014





EL PRÍNCIPE TRAIDOR

Relato corto | Mª Gracia Morales

El rey.

El rey sopesaba taciturno las consecuencias de la noticia que le acababan de traer. Se referían a su hijo que capitaneaba los ejércitos del reino en la guerra contra sus vecinos, los trasveses.

Frente al trono seguía el heraldo de rodillas con la cabeza inclinada esperando el permiso real para levantarse. El rey se lo dio con voz triste y añadió:

-Llama a Grevo.

El mensajero salió tras una respetuosa reverencia dispuesto a cumplir la orden de su señor.

Entró el demandado poco después.

-¿Me llamabais, majestad?

-Sí. –El rey miraba sin mirar, y estuvo unos momentos en silencio.

-Ha ocurrido un tremendo desastre.

-Decid, mi señor, ¿acaso hemos perdido la guerra? –Preguntó Grevo con cierta alarma.

-No, eso aún sería soportable… Grevo esperó en silencio a que el rey continuara hablando.

-No hemos perdido la guerra… aún.

Parecía que le costaba decir lo que tenía en su pensamiento. A pesar de estar entrenado en ocultar sus emociones, se percibía el dolor de su alma, un dolor infinito. Grevo se puso pálido.

-¡El príncipe… ha caído!

El monarca hundió la barbilla en el pecho.

-Ha caído, sí, pero no de la manera que suele suceder en una guerra…

Grevo volvió a esperar en silencio. Cuando el rey habló, se notaba un cierto temblor en la voz.

-¡Nos ha… traicionado!

El rey percibió la conmoción de Grevo ante aquella noticia. Era impensable que aquello fuera cierto.

-¡Mi señor, eso… no es posible…!

-Me temo que sí, mi leal Grevo, y no puedo eludir mi deber como monarca, un deber… que me parte el corazón de padre.

-No… os sucederá en el trono…

-No, no lo hará, debo firmar su sentencia de muerte.

Se hizo un silencio pesado y difícil de sobrellevar. Al fin volvió a hablar el rey:

-Promulgaré un bando contra sus seguidores: cualquiera que le socorra será ahorcado.

-¿No hay otro modo?- Preguntó Grevo consternado.

-No, no lo hay. Búscame al escribiente.

El hombre salió haciendo la debida reverencia.

El príncipe destronado.

El hijo del rey volvía del frente herido, pero no por el enemigo, sino por uno de sus oficiales con el que se batió en el momento en que intentaba que toda la tropa le siguiera para unirse al ejército contrario y tomar el trono de su padre para sí.

Había sido un rudo golpe en el ánimo de las huestes del rey. El duque Principal del reino tomó el mando como estaba previsto, pero lo hizo con tremenda tristeza. Nadie podía esperarse algo así del aguerrido príncipe.

La comitiva avanzaba despacio por consideración al prisionero, que iba inconsciente en un carro, aunque todo el mundo sabía cuál sería su final…

Aparte de aquel estado de ánimo general, ese viaje suponía un contratiempo para los soldados del frente, que perdían a parte de sus hombres en la escolta que custodiaba al príncipe, pero no había alternativa dado el estado de salud del mismo, no podían mantenerlo cautivo en el campamento, herido como estaba.

El conde Serkan, leal guerrero, se había ofrecido voluntario para tal misión y él mismo eligió a los hombres de su propia guardia que le acompañarían en aquel traslado.

Nuevas noticias.

A los cuatro días del terrible mensaje, llegó otro al trono de Clerfen, el rey.

-Majestad,-Dijo el emisario con verdadero pesar.- se han llevado al príncipe. Sufrimos una emboscada y se apoderaron de su carruaje.-Dijo, buscando en su jubón.-Traigo conmigo una carta del conde Serkan. En ella os relata los hechos acaecidos.

Clerfen cogió el pliego que le tendía el mensajero y lo leyó en silencio.

-Puedes retirarte. Esperaré el regreso del conde.

Unos minutos más tarde hacía llamar a Grevo.

El rey siempre había confiado en aquella persona. Desde muchacho destacaba por su inteligencia y buen juicio, virtudes que, sin duda, había heredado de su padre el hermano de Clerfen.

Su sobrino era muy querido también del príncipe, tenían poca diferencia de edad y habían crecido juntos, de modo que el monarca podía intuir el dolor que le producían aquellas noticias sobre su primo.

-Ha surgido un nuevo contratiempo.-Dijo el rey.

Grevo enarcó las cejas, expectante.

- Se han llevado a Viccar…

El joven miró al monarca sorprendido y calculó un momento el alcance de aquel dato.

-Mi señor, veo que esto trae más dificultades… dolorosas.

-Sí.-Fue la lacónica respuesta del rey.

Clerfen era un rey clemente y no gustaba de condenas duras, pero la ley era la ley y él mismo había promulgado aquel bando que condenaba a muerte a cualquiera que ayudara a su hijo.

-Comprendo, majestad, que la guerra va a ser más larga y complicada de lo que suponíamos.

-Sí, y temo la derrota por el sufrimiento del pueblo.

La contienda se había iniciado por los continuos saqueos de los trasveses a las granjas y aldeas colindantes. Si el rey trasvés ganaba aquel combate, el reino de Valkissier caería en el caos y sus habitantes sufrirían la hambruna y los abusos de Trasvo. La traición del príncipe y su posterior desaparición por parte de sus partidarios creaba un nuevo frente en el conflicto.

El rey suspiró pensando en lo duro que iba a resultar todo aquello.

El príncipe herido.

Viccar despertó después de una semana inconsciente y lo primero que se encontró fue el rostro de una preciosa joven que le retiraba una compresa húmeda de la frente para ponerle otra fresca.

-¡Ah! ¡Por fin despertáis!

El príncipe no supo qué responder, en realidad creía estar soñando, de modo que debía estar dormido… hasta que notó el dolor… y se dio cuenta de que estaba bien despierto...

-Veo que estáis mucho mejor.-Ella se dispuso a levantarse del borde del lecho, pero el joven le sujetó la muñeca:

-¿Quién sois? ¿Qué lugar es este?

La muchacha le miró y le dijo:

-Estáis a salvo.

Viccar no alcanzaba a comprender aquella enigmática frase.

-A salvo… ¿De qué?

-A salvo de vos mismo... –y se marchó de manera precipitada, dejando al príncipe perdido en su desconcierto. Él no recordaba casi nada de lo que había ocurrido y no sabía por qué estaba herido, pero se sentía muy débil, ¿había caído en la batalla…? no tenía modo de saberlo, se había quedado solo en la habitación y no podía moverse sin sentir un terrible dolor en el pecho…

La joven había dicho: "a salvo de vos mismo" ¿Qué significaban aquellas palabras? Se hallaba en la más absoluta oscuridad para comprender nada…

Dejó que se desplomara su cabeza de nuevo en la almohada y poco después volvió a caer en un sueño inquieto.

El conde fiel.

Serkan era un hombre muy atractivo pese a no ser ya tan joven, había perdido un hijo de la edad del príncipe por una imprudencia de éste último una vez que le llevó con él a ver al rey y los dejó paseando juntos por las caballerizas. Al parecer el joven Viccar hizo encabritarse a un caballo que le dio una coz mortal al otro muchacho… Clerfen le trataba con especial deferencia desde entonces. Estaba informando a su majestad de la emboscada en presencia de Grevo. Había solicitado audiencia privada, pero el sobrino era ahora el heredero al trono, pues Clerfen no tenía más que un hijo, y el monarca insistió en que debía estar presente en la reunión. El conde terminó el relato y puso a

disposición de su señor el rango que poseía como militar, pero el rey no quiso perder un oficial tan valioso y le confirmó en su cargo.

-Bien, conde, habéis servido siempre con lealtad. Os agradezco vuestros desvelos por mi desdichado hijo.

-Majestad, era lo menos que podía hacer por deferencia a vos.-Dijo inclinando reverente la cabeza.

-Descansad antes de partir de nuevo.

-Mi señor, si me lo permitís, mis hombres y yo desearíamos irnos cuanto antes para reforzar las fuerzas de los soldados que quedaron en el frente.

-Está bien, partid, es posible que pronto yo mismo empuñe de nuevo la espada.

Su sobrino le miró estupefacto:

-¡Majestad…!

-Grevo, hijo mío, dejo el reino en tus manos, sé que son las mejores en las que lo puedo dejar. Mi única ilusión ahora mismo es conseguir la paz en Valkissier…

En los ojos del conde se dibujó un imperceptible destello de irritación.

-¡Pero, mi rey, vos no…! Grevo intentaba disuadir al monarca.

-Dime, Grevo, ¿Qué puedo hacer ahora, después de perder a mi único hijo sin honor? Además será como un pago por su falta. Creo que un padre tiene algo de responsabilidad en los errores de sus hijos…

Los dos hombres revelaban la tristeza en sus semblantes apenados por la decisión de Clerfen, pero no podían hacer otra cosa que respetarla. Intuían que algo se había quebrado en el interior del padre-rey…

La hija adorada.

El conde salió de inmediato con sus hombres hacia el campo de batalla, pero antes hicieron un alto en su castillo.

Hacia el mediodía, llegaron a la fortaleza.

Llevaron los caballos a las caballerizas y Serkan fue a encontrarse con su esposa y sus hijos.

-¡Padre! -Gratchen se abalanzó al cuello del conde, detrás iba el pequeño Pritio. Serkan abrazó a los dos y después a su mujer que esperaba tras los chicos.

En seguida de los saludos preguntó:

-¿Cómo está nuestro invitado?

-Ven padre, míralo tú mismo.

-¡No, espera!-Dijo el conde un tanto alterado.

-Tranquilo, ahora duerme, ¡venid!

El conde fue tras su hija y entraron en una habitación en penumbra. Se acercaron con gran sigilo al lecho: el príncipe dormía plácidamente.

Gratchen habló en voz baja:

-Ha mejorado mucho, pero no sabe nada, no recuerda lo que pasó y nadie se lo ha contado.

-Bien, -dijo Serkan. Cogió con cariño las manos de su hija.- tengo que volver a la batalla. Es muy importante que no sepa dónde está y que nadie conozca su paradero.

Gratchen preguntó con cierta preocupación:

-¿Qué está pasando, padre? El rey ha promulgado un bando…

-No debes preocuparte por eso. Ahora lo más importante es que siga aquí oculto.

-Está bien.- Contestó un poco mohína. Serkan le besó en la frente.

-Todo saldrá bien, ya lo verás. Confía en tu padre, sabes que nunca haría nada que perjudicara a su familia…

Gratchen intentó esbozar una sonrisa y salieron del aposento en absoluto silencio. Valia, su mujer, esperaba a la puerta. Gratchen les dejó a solas.

El conde abrazó a su esposa con pasión y ella le correspondió.

-Serkan, amado mío, ¿Cuándo acabará esa guerra que te aleja de nosotros?

El hombre suspiró.

-¡Ojalá terminara mañana…!

Ella le miraba con preocupación.

-¿No crees que nuestra hija es demasiado joven para la misión que le has encomendado? Debería ser yo quien cuidase del príncipe…

-Sé que es joven… pero tú sabes tan bien como yo que es lo mejor, no temas, lo hará muy bien.

Valia sonrió con cierta pena, mientras pasaba su delicada mano por los cabellos de su esposo.

-No dudo de ella, temo lo que pueda pasar…

Serkan se quedó mirando el bello rostro de su mujer y la besó.

Al rayar el alba partió con sus hombres hacia el campamento para volver a la guerra…

El rey y su heredero.

Clerfen estaba muy ocupado preparando todo lo necesario para validar la sucesión de Grevo antes de marchar al campo de batalla. No sirvieron de nada los ruegos de su sobrino, el rey sentía consuelo en su decisión de luchar junto a sus hombres, le mantenía ocupado, y paliaba en parte el dolor por la traición de Viccar…

Cuando se conoció la noticia de que el soberano participaría en la guerra, se creó gran expectación en el pueblo y también entre los soldados.

A algunos les apenaba, otros aplaudían su decisión y entre sus huestes se extendió un renovado entusiasmo al pensar que lucharían junto a su monarca.

Grevo ejercía como príncipe heredero y acompañaba al rey a todos sus actos y reuniones. Estaba decidido, le dejaría como gobernante en su ausencia y, si caía en la guerra, Valkissier no se quedaría sin rey…

-Grevo, hijo mío.

-¿Sí, majestad?

-Deberías pensar en tomar esposa.

-Bueno, ahora es un poco pronto, ¿no creéis?

Mientras estaba Viccar como heredero, Clerfen también había pensado en esa cuestión, pero tenía a Grevo en la línea de sucesión. Ahora no quedaba nadie… y había un poco más de urgencia.

-No digo que tengas que casarte enseguida, sólo que es un tema que no debes descuidar. ¿Tienes alguna preferencia?

-Mi rey, no tengo a nadie en mi corazón, si es a eso a lo que os referís.

-Pues, si nadie te atrae aún y tarda en llegar, elige con la cabeza la esposa más adecuada al trono. No esperes demasiado.

-¡Pero mi señor!-Dijo el aludido bastante alarmado.- Me dais estos consejos como si no fuerais a regresar jamás…

-¡Nunca se sabe lo que puede ocurrir! Piensa que me voy a una guerra…

-¿No debería ir yo en vuestro lugar?- Preguntó con afecto.

-¡Eso no es discutible! Ahora eres el heredero y tú no tienes descendencia, no sería sensato.

No discutieron más. En los días siguientes ambos se dedicaron a dejar todos los asuntos en orden para preparar su marcha.

La hechicera.

Valigora era una bruja muy poderosa y avara, nada le gustaba más que el dinero con el que compraba lo que no podían conseguir sus hechizos…

Vendía encantamientos y compraba voluntades, así sobrevivía y así conseguían muchos sus deseos, comprando un sortilegio de la bruja Valigora.

El rey había intentado atraparla en más de una ocasión, pero ¿qué podía hacer un simple mortal contra la poderosa magia de aquella mujer? Además, había mucha gente que le debía favores y otros no se atreverían a entregarla por no manchar su reputación si se conociera que tuvieron tratos con ella en algún momento… y aunque muchos la temían, otros había que se alegraban de tener una hechicera cerca para satisfacer necesidades que no se podían conseguir por los habituales cauces humanos.

Andaba vagando por el bosque, buscando hierbas, cuando sus ojos toparon de pronto con unos pies. ¿Por qué no había intuido su presencia…?

-¡Valigora! ¡Qué delicioso placer!

La mujer alzó la vista y se encontró con un hombre muy apuesto.

-¡Serkan!

-¡Muy aguda! ¿Nos hemos visto hace poco?

Valigora odiaba sin remedio a Serkan, pero no tenía ningún poder sobre su persona ni sobre su familia. Eso aumentaba aún más su animadversión hacia él…

-¿Qué queréis? Sabéis muy bien que mi tiempo se paga.- Le dijo con sequedad.

El conde se mostraba arrogante ante ella, algo que quizá fuera temerario por su parte, pero era su modo de castigarla, como si no fuera suficiente haberse casado con su hija, haciéndole renunciar a sus poderes como maga. Sólo conservó un encantamiento para mantener a salvo a los suyos de la sed de venganza de la bruja… porque ella lamentaba de un modo indecible que Valia, una hechicera destinada a alcanzar las más altas cotas de la magia, hubiera preferido a un simple mortal…

-Y te lo pagaré, tu tiempo y tus servicios. ¿Estuviste merodeando por la tienda del príncipe hace unos días?

-¿Es que no lo sabes? ¿Por qué preguntas?

Serkan palpó una bolsa abultada que colgaba de su cinturón. Ésta tintineó, revelando su contenido y Valigora la miró con avidez.

-Hablemos en un sitio más reservado.-Dijo él.- Los negocios no se tratan en el bosque.

-¡Negocios!-Le repugnaba hacer tratos con el conde, él era inmune a sus sortilegios, no servía de nada que cambiara su apariencia: él la vería siempre en su figura original y ella no podía detectar su presencia como la de los demás humanos, todo por la traidora de su hija que le protegía… ¡y además conocía a la perfección su punto flaco! Valigora se retorcía por dentro en una lucha cruel, hasta que su parte codiciosa venció sus últimos escrúpulos- ¡Bien, vayamos a mi cabaña!

El conde, con una sonrisa de triunfo, siguió a la mujer hacia lo profundo de la arboleda, donde se hallaba su morada.

El príncipe se recupera.

Viccar estaba casi restablecido e intentaba averiguar algo sobre el incidente que le había postrado todo ese tiempo, pero nadie le sabía contestar y tampoco le daban facilidades para abandonar aquel lugar. Él quería volver al combate, sin embargo aún no estaba bien, según el médico, para volver a empuñar la espada. Lo último que recordaba antes de despertar en aquel sitio era que estaba en el campamento con sus guerreros, pero no sabía quién le había herido, ni tampoco cómo había llegado hasta allí. La compañía de Gratchen le resultaba demasiado agradable, hasta el punto de que, cuando ella se marchaba un momento, ya la echaba de menos… Parecía que estaban

cambiando muchas cosas… Pero era el príncipe y empezaba a resultarle raro no saber de su padre ni de su primo, ni de sus oficiales… ni un mensaje, ni una noticia… nada, no sabía nada de lo que estaba pasando fuera de aquellos muros. Tenía la terrible sensación de que le tenían cautivo de algún modo, así que, después de darle muchas vueltas, se trazó un plan para escapar…

Un día le pidió a su encantadora carcelera que le acompañara fuera de aquellas paredes:

-Hermosa Gratchen, creo que, aunque el doctor no escatima esfuerzos en mi cuidado y vos misma os deshacéis en prodigalidades hacia mi persona, debería intentar salir al exterior. Opino que el aire de estas tierras me beneficiará igual que me ha beneficiado el interior.

La joven se sintió un tanto azorada.

-Pero… no sé si tendréis la fuerza suficiente para caminar por el monte…

-¡Oh! Sólo serán unos paseos cortos y, por supuesto, siempre que vos podáis acompañarme…

Gratchen se debatía en su interior, luchando con miles de dudas.

-Estoy convencido de que los paseos a vuestro lado no pueden ser más que benéficos para mi salud.

La joven se ruborizó ante la intencionalidad de semejante galantería y no encontraba razones para oponerse a la petición del príncipe. Sin embargo, se podía vislumbrar en sus ojos un temor incierto…

-Está bien.-Concedió al fin.- Pero sin alejarnos demasiado del castillo, por si os debilitáis y se hace necesario volver.

Viccar sonrió satisfecho y agradecido, y despidió a Gratchen besando con enorme delicadeza su mano.

La bruja se mueve.

Valigora volvió al bosque a buscar hierbas y raíces, pero esta vez tenía que ir hacia el valle que quedaba entre el círculo de montañas que formaba parte de los dos reinos enfrentados en la guerra. Le habían encargado un hechizo poco común y tenía prisa porque las montañas no quedaban cerca de su cabaña y debía preparar el brebaje antes de la siguiente luna llena, que sería en una semana…

No sabía qué podía encontrarse en aquel lugar, que pertenecía tanto a Valkisser como a Trasvo y podía ser utilizado para realizar incursiones de uno a otro lado. No temía a los hombres ni la posible vigilancia que hubieran podido

colocar, ella los intuía a metros de distancia, lo que le preocupaba es que le hicieran perder un tiempo precioso en el camino. Como bruja, podía adoptar cualquier forma ante los humanos y pasar desapercibida, pero prefería no encontrarse con nadie y confiaba en no tener que dar un rodeo hasta su objetivo.

Tuvo suerte y llegó sin incidencias hasta la cueva que buscaba, allí crecía un trébol muy especial al que no debía darle otra luz más que la de aquella cueva hasta ser utilizado. Sus propiedades duraban mientras se mantuviera fresco.

Lo envolvió con mimo en un paño húmedo y se dispuso a iniciar el regreso, pero, cuando iba a salir de la cueva, percibió movimiento fuera y se detuvo a observar.

Entró un hombre y ella se ocultó en un pliegue de la roca. Sólo deseó que fuera una visita corta para no tener que utilizar magia, porque la magia siempre deja algún rastro, y en ese momento no le interesaba nada hacerse notar…

El conde guerrero.

Un jinete llegaba espoleando sin piedad a su caballo. Buscaba la tienda del conde en el campamento, era uno de los heraldos que habían quedado en su castillo. Le indicaron dónde podía encontrar a Serkan.

-Señoría. Traigo un recado urgente de su hija.

El conde le miró con cierta preocupación. Cogió el mensaje y lo leyó.

"Querido padre:

Desearía estar ahora mismo en vuestra presencia explicándoos todo esto.

Os he defraudado y esta misiva no es lo más apropiado para explicar por qué.

Vuestro ilustre invitado abandonó nuestra hospitalidad sin despedirse, sin duda se debe a los fallos que, como anfitriona he cometido y puesto que actuaba en vuestro nombre, desearía que fuera yo quien cargara con el castigo que merece tal falta. Vuestra reputación quedará comprometida por mi culpa y es algo que no puedo ni pensar.

Os deseo toda clase de venturas y espero vuestra respuesta. Sea cual fuere vuestra decisión, será acatada con mi más humilde sumisión y amor.

Os quiere vuestra hija:

Gratchen."

Serkan arrugó el pliego en su mano crispada y se quedó pensando con inquietud mientras el mensajero esperaba órdenes.

-Puedes retirarte.-Dijo al fin.- Que te den de comer y pide un caballo para volver. Antes de partir, recogerás mi respuesta.

El heraldo se inclinó y obedeció lo que el conde le había mandado.

La carta, de manera velada para evitar problemas si caía en manos inapropiadas, decía que Viccar había huido y aquello era una enorme contrariedad para sus planes. Era necesario que el príncipe hubiera permanecido oculto en su castillo al menos unos días más… pero su fuga lo desbarataba todo…

El príncipe huido.

Después de unos días paseando por los alrededores del castillo con la joven Gratchen, Viccar se hizo un mapa mental de toda la extensión y descubrió los puntos flacos de la muralla.

El joven notó cómo, al principio de aquellas excursiones, Gratchen se sobresaltaba cuando se alejaban un poco más de los muros cada día, hasta que llegaron a la muralla que protegía aquellos terrenos. El joven aparentaba caminar despreocupado y al final ella pareció serenarse y paseaban sin inquietud por el borde interior de los dominios del conde.

Por más que el príncipe intentó averiguar de quién era todo ese terreno, nunca le fue desvelado. La joven era encantadora y su compañía muy agradable, pero a veces se cerraba como una ostra y nada conseguía hacerle hablar si no lo deseaba.

Viccar paseaba como si ya no quisiera marcharse, pero su perspicaz mirada no perdía ni un detalle del muro que le separaba del mundo exterior, no se le escapaba ni una grieta, ni una piedra un poco suelta, ni el más mínimo agujero…

Mientras estaba solo en su cuarto, ejercitaba sus brazos y sus piernas para fortalecerlos y estar mejor preparado.

Por fin encontró el momento propicio para escapar. Esperó a que llegara la noche. Había guardado las drogas que le suministraba el médico, simulando que se las tomaba y con ellas durmió a sus guardianes ofreciéndoles un trago de su vino, eludiendo así la vigilancia dentro del castillo. Robó una espada a uno de ellos y un caballo de las caballerizas. Caminó a pie hacia el lugar elegido para escapar y comprobó que, como bien había observado, había unas cuantas piedras sueltas en la muralla.

Las apartó con gran esfuerzo y al fin consiguió hacer un hueco para que pasara el caballo. Amanecía, no podía perder más tiempo.

El rey preocupado.

Clerfen paseaba arriba y abajo por uno de los corredores de su castillo. Se habían esparcido algunos rumores sobre el paradero del príncipe, pero nadie lo había apresado para llevarlo a su presencia. Grevo se acercó a su lado:

-Majestad, parece que las noticias sobre la reaparición de vuestro hijo han cesado, lo que se cuenta ahora son sólo exageraciones de la historia.

-¿No le han vuelto a ver?-Había un cierto tono de pena en su voz.

-Al parecer… no, vuestros espías no han averiguado nada nuevo, es como si después de su aparición en aquel poblado… se lo hubiera tragado la tierra.

El rey permaneció en silencio.

-Majestad, si me permitís, podría proclamar un bando en vuestro nombre…

Clerfen le miró con inesperada severidad:

-¡Sólo eres el heredero y ni siquiera se ha promulgado el edicto que lo haría oficial!

El sobrino se sintió de repente como pillado en falta.

-Perdonad.-Dijo, inclinando la cabeza.

-Grevo. El rey dulcificó un poco la voz, pero seguía sonando con autoridad.- No habrá más bandos hasta que Viccar aparezca.

-Sí majestad.

-Cuando le vieron en aquel poblado lo describieron como enajenado, nadie tomó en serio sus palabras porque sonaban a desvaríos.

Grevo comprendió que el rey se estaba replanteando todo lo relacionado con la traición del príncipe y decidió ser más prudente.

-Es cierto, mi señor, pero, aunque me duele casi tanto como a vos…-Empezaba a quebrársele la voz.-no podemos ignorar que ha conseguido seguidores…

El rey suspiró.

-Si está enfermo… o loco… no merece la muerte… aunque no pueda acceder al trono…

El sobrino calló en actitud respetuosa, parecía dolerle más que al rey la traición de Viccar, quizá porque le consideraba como un hermano, en todo caso parecía un tanto resentido por ella. -Mi señor, - dijo entonces cambiando de tema.- ¿Cuándo partís?

Clerfen miró a su sobrino con afecto.

-Creo que los últimos acontecimientos no hacen aconsejable mi marcha. Si voy a la guerra y vuelve a aparecer el príncipe, estaré demasiado lejos.

Grevo asintió con un gesto y pidió permiso para retirarse.

-Puedes irte, hijo.

Y haciendo una profunda reverencia, se fue.

La digna hija del conde.

Gratchen se había confundido con las gentes del pueblo. No se había contentado con escribir a su padre, sino que al igual que el príncipe, salió del castillo. Cierto es que recibió contestación del conde diciéndole que no era necesario que hiciera nada más y que esperara su regreso en la fortaleza… pero no la pudo leer porque antes de que llegara, salió en busca del fugitivo con un criado fiel que le tenía mucho cariño y la cuidaría como a su propia hija. Habían salido sólo unas horas después que Viccar y siguieron las recientes huellas del caballo que había robado.

La joven estaba muy preocupada porque, si alguien encontraba al príncipe, todo el plan que su padre había urdido con tanto esfuerzo se vendría abajo. Cabalgaban despacio, parando para observar las huellas del caballo y averiguar hacia dónde se habían dirigido. Todas las pistas conducían hasta un poblado cercano al castillo. Se detuvieron en él por si tenían la suerte de encontrarle… y al llegar a la plaza, lo descubrieron. Parecía borracho. Estaba subido a uno de los asientos de piedra que había en ese lugar y solicitaba a gritos voluntarios para ayudarle a derrocar a su padre…

No quería reconocérselo a sí misma, pero su preocupación por Viccar iba más allá de la responsabilidad que le había confiado su progenitor al pedirle que cuidara de él… No quería pensarlo, porque sabía que era un amor imposible.

Con gran sigilo, el criado, embozado y con el sombrero bien calado, se acercó por detrás del enajenado personaje y le llamó:

-Señor, si me permitís acompañaros os llevaré a un lugar donde encontraréis partidarios vuestros. El rey ha promulgado un bando para ahorcarnos y debemos ser prudentes.

El príncipe se dejó llevar sumiso.

Una vez fuera de la vista de los curiosos le ofreció vino:

-Brindemos, señor, por el triunfo de nuestra empresa.

Llenó una copa para el príncipe y otra para él mismo y dejó que el joven apurara el líquido… Aquel vino era en realidad un bebedizo y, al cabo de unos minutos había dormido Viccar.

Gratchen ayudó como pudo al hombre a meterlo en un carro y se fueron de allí simulando ser unos humildes granjeros.

El conde inquieto.

Había llegado al castillo con bastante urgencia. Se ausentó de la batalla diciendo que asuntos de honor le reclamaban en su casa, y, fiados en su palabra de caballero, le permitieron marchar, pero en lugar de ir a su fortaleza, fue a pedir audiencia con el rey. Esperó la respuesta bastante agitado. Al fin le fue concedida y entró con paso enérgico ante su señor.

Cuando entró, se encontró con la figura de Grevo de pie, al lado del trono en el que estaba sentado Clerfen.

-Majestad.-Dijo hincando la rodilla.

-Adelante, mi querido conde, ¿Qué os trae por aquí?

Serkan miró de soslayo a Grevo y dijo:

-Mi señor, si fuera posible, desearía que esta reunión se realizara a solas.

-Este es el futuro rey de Valkissier, debe estar presente.

Serkan no recordaba que Viccar estuviera en las audiencias de su padre, pero, apaciguó su naciente ira y comenzó a hablar.

-Majestad, vengo a denunciar ante vos una infame traición.

-¿La traición de mi hijo? La conozco, pero hay noticias recientes que pueden cambiar la acusación de traidor…

-Mi señor, vuestro hijo…

Grevo intervino intentando proteger de algún modo al rey.

-¡Majestad, creo intenta confundiros!-Dijo, para dirigirse después a Serkan.- El príncipe será juzgado por su padre en el momento oportuno. Hay que tener en cuenta algunos hechos que…

-¡Grevo! ¡No te he dado licencia para intervenir…!- Dijo el rey.

-Perdonad majestad.-Contestó el aludido con humildad. –Mi único deseo es… hacer cumplir los vuestros… y vos mismo dijisteis…

-Sé lo que dije, pero deseo oír lo que el conde tiene que explicar.

-Mi señor,- dijo el aludido.- existe una traición que debe ser castigada y vuestro hijo juega un papel en ella como no os podríais imaginar…

El príncipe desconcertado.

Viccar volvió a despertar en la misma estancia de la que había escapado dos días antes e igual que entonces, no recordaba cómo había llegado hasta allí. Tampoco lograba recordar lo que había sucedido mientras estuvo fuera…

Al menos esta vez no tenía ninguna herida. Sólo un impresionante dolor de cabeza. Permaneció tendido observando el techo de la habitación. ¿Cuándo volvería a ver a su padre? ¿Qué estaba ocurriendo? Él estaba en una guerra y de repente… parecía como si todo lo que estuviera fuera de aquel castillo no existiera.

Alguien entró en la alcoba.

-Perdonad, ¿Cómo os encontráis?

El rostro de Gratchen apareció ante sus ojos.

-No lo sé, ¿podríais explicarme qué está sucediendo?

La joven se quedó mirándole unos instantes sin decidirse. ¡Era tan fuerte lo que sentía por él! A pesar de haber querido ahogar ese sentimiento le resultó imposible, lo único que consiguió fue confirmar que estaba perdidamente enamorada de Viccar…

-Esto es desobedecer a mi padre… - Dijo.-…pero creo que ya no importa.

El príncipe miró intrigado a la joven.

-Deberíais saber que… - De pronto se interrumpió.

-¿Qué, hermosa Gratchen?

La joven parecía mantener una tremenda lucha en su interior.

-¡No debería decíroslo…! pero… -Le costaba continuar y Viccar esperó con paciencia.- ¡…estáis bajo los efectos de un hechizo…!

El príncipe se quedó con la boca abierta sin saber qué decir.

-Es… un hechizo… que os hace parecer un traidor a los ojos de vuestro padre.- Al pronunciar estas palabras volvió el rostro, estaba muy turbada.

Viccar no salía de su asombro, no era capaz de asimilar toda esa información tan de repente.

-¡Pero… pero…! ¿Quién…?

Volvió a mirarle un poco más serena.

-Mientras estéis aquí, el encantamiento no tendrá poder sobre vuestra persona. Bueno… mientras estéis aquí o yo esté cerca de vos…

Era una noticia increíble y a medida que salía de su estupor, iba entendiendo por qué no recordaba algunas cosas a pesar de estrujarse sin descanso los sesos… ¡Un hechizo…! ¡Así que… estaría acusado de traición… y condenado a muerte… y buscado por todas partes…! y su padre… su querido padre… ¡cuánto estaría sufriendo…! Pero… ¡Pero no podía salir de allí!

El juicio.

No todos los días se celebraba un juicio presidido por el rey en persona, pero las circunstancias de aquel eran de lo más curiosas e inquietantes. Se acusaba al conde Serkan de conspirar contra el rey hechizando al príncipe para vengarse por la muerte de su hijo. Sin él pretenderlo, se le había encontrado culpable al explicar lo ocurrido en la audiencia privada con su majestad. Lo más estremecedor del caso era que Viccar seguía desaparecido, y aunque se le preguntó al acusado si conocía su paradero, no hubo modo de saberlo, a pesar de las medidas que se tomaron para que lo dijera…

Toda la corte estaba reunida en la sala del trono. Grevo ocupaba un lugar de honor a la derecha del rey. Trajeron al conde a su presencia en un estado tal, que hasta el monarca hizo ademán de levantarse, pero se contuvo. Venía encadenado, con un simple camisón desgarrado y ensangrentado. Su porte había sufrido un gran menoscabo y andaba con torpeza, aumentada por los grilletes y los empujones de los guardias que le conducían hasta el rey. Al llegar a su presencia le obligaron a arrodillarse con violencia.

Un escribiente procedió a la lectura de los cargos. Nadie defendía al acusado. Se le preguntó de manera directa. Él, con voz trémula, dijo que era inocente…

Grevo hizo una inclinación a Clerfen que le concedió la venia para hablar.

-Conde Serkan, hablo en nombre de su majestad como legítimo heredero al trono, mientras el príncipe esté desaparecido.

El conde le miró con desprecio y fue golpeado con rudeza.

-Habéis oído las acusaciones, gravísimas, que pesan contra vos y decís que sois inocente, pero nos consta que mentís…

De repente un murmullo se levantó entre la gente que llenaba la sala. Por el pasillo que formaban las dos filas de asientos avanzaba un lacayo del castillo.

-Majestad,-Dijo.- Una mujer solicita su venia para entrar. Dice que tiene revelaciones importantes para este juicio.

Grevo se sobresaltó un tanto al oír la noticia.

-Hacedla pasar. –Dijo el rey.

Todos estaban expectantes y ante ellos apareció Valigora, la temida bruja. Se escucharon expresiones de asombro, mientras la aprensión recorría los bancos.

El rey se puso tenso y a Grevo se le salían los ojos de las órbitas.

La mujer se puso frente a Clerfen con una humildad un tanto desafiante.

-Majestad.

-Habla, hechicera. Hazlo rápido y vuélvete por donde has venido.- Dijo el rey, molesto por la presencia de aquella mujer en su castillo.

-¿Así me pagáis mis servicios?

Grevo estaba lívido, el terror le producía gotas frías de sudor en la frente.

En cambio el cautivo la miró con poco disimulado desdén.

-¡Habla de una vez!-Dijo el rey.

Valigora se regodeó observando a todos los presentes, sabía que cualquiera de los que estaban allí le temían de una manera u otra… todos menos Serkan…

Clavó su mirada en el conde.

-Este hombre, majestad, pagó mis servicios para que le confeccionara un hechizo.

Los presentes en la sala contenían la respiración, si aquella mujer acusaba al conde, el juicio acabaría nada más empezar, puesto que sólo ella podía haber hecho el encantamiento.

-El hechizo, mi señor, era para vuestro hijo, el príncipe…

De nuevo se elevó un rumor de admiración y temor al oír aquellas palabras.

El rey tardó en hablar. Cuando lo hizo, se dirigió al acusado.

-¿Es eso cierto?

El acusado asintió con la cabeza.

Ya no hubo dudas, Serkan estaba perdido y Valigora reía triunfal mientras abandonaba la estancia con paso majestuoso…

La hija actúa.

Gratchen, se había escapado de su castillo sin su criado fiel, caminaba por el bosque con verdadera audacia. La misión que se había impuesto a sí misma requería mucha discreción y consideraba del todo necesario que nadie más lo supiera.

Iba con determinación, sin dudar un instante, sabía muy bien lo que buscaba…

Al fin, después de varias horas, llegó a la humilde puerta de una cabaña aislada de todo ser humano, y llamó.

Al cabo de unos minutos acudió una anciana a abrir: Valigora. La bruja se sobresaltó al verla.

-¿Qué hacéis aquí?-Preguntó sin dejarle entrar.

-Por favor… -Dijo la joven con mirada suplicante.

A la mujer no le conmovían esas cosas, pero sentía curiosidad por saber qué podía desear Gratchen… su nieta…

-¡Está bien, pasad! -Y abrió la puerta para dejarle espacio.

La bruja albergaba un deseo siniestro en su corazón. Quizá aquella visita culminaría su venganza hacia el conde…

-Vos diréis. Dijo Valigora.

-No me andaré con rodeos, deseo un contrahechizo para el príncipe.

La bruja observó a la joven entrecerrando los ojos.

-Un contrahechizo… para el príncipe… muy interesante…

-Te pagaré, sé que no haces nada sin cobrar por ello.

No, no quiero vuestro dinero, no haré ningún contrahechizo para el príncipe. Creo que deseo menos el dinero… que la venganza… -Había paladeado esas palabras y observaba el efecto que producían en Gratchen, pero ella no hizo caso alguno a su negativa.

-Harás el contrahechizo.- Dijo.

La bruja se sintió incómoda ante esa orden.

-¡Por qué habría de hacerlo!- Preguntó con un deje de amargura.

-Porque no podéis negaros a la llamada de la sangre…

¿Cómo podía saber esa mocosa que ella no podía dejar de obedecer un deseo expresado por alguien de su linaje…? ¡Su madre…! ¡Claro, la siempre traidora Valia…!

Valigora meditó unos instantes antes de contestar:

-Os haré el contrahechizo. Como bien decís, no me puedo negar, pero no creáis que eso salvará a vuestro padre de su condena…

-Quizá no lo salve a él, –Dijo la joven con tristeza.-pero al príncipe… sí.

El heraldo.

Aquel jinete volvía hacia la batalla a galope tendido, tenía un recado urgente que entregar antes de volver al frente, era un heraldo que había llevado noticias de la guerra al rey, noticias positivas que hacían esperar un pronto y feliz desenlace para Valkissier. Ahora, la misiva que llevaba le condujo hasta el frente enemigo, no temía que le atraparan porque había cruzado la frontera por un lugar que suponía seguro. De todos modos espoleó a su montura por si se encontraba algún soldado perdido. El caballo volaba ganando terreno bajo sus cascos, pero, de repente, en una encrucijada salió una flecha al encuentro del desdichado jinete que cayó al suelo. El saetero que había disparado se acercó al cuerpo y comprobó que había muerto. Se quedó perplejo al ver que era de los suyos… ¿Qué hacía en terreno enemigo? ¡Ahora que la guerra se acercaba a su fin...! ¡Perder un soldado de esa manera...!

Transportó al heraldo al campamento e informó al d-uque de lo sucedido. Le llevaron sus pertenencias, entre ellas, la carta que debía entregar. Al ver el sello se preparó la partida de otro mensajero, el cuño era del rey, de modo que

le envió al castillo con ella y un informe de lo ocurrido. El emisario partió al instante para llegar cuanto antes a la presencia de su señor y que pudiera tomar las medidas oportunas acerca de aquel pliego que no había llegado a su destino.

El rey y su heredero.

Clerfen sostenía su frente con una mano y en la otra una carta recién leída. Se le veía abatido y cansado. Los acontecimientos del último mes le pesaban demasiado, ¡y ahora esa carta…! Había llamado a Grevo a su presencia y esperaba que llegara de un momento a otro.

En ese instante entró un soldado a transmitirle un mensaje.

-Majestad, el príncipe viene custodiado por cuatro soldados.

El rey levantó la cabeza y miró al emisario.

-¡Que entren!

Se levantó del trono y bajó la escalinata para ver a su hijo de cerca.

Entró con su escolta, encadenado de pies y manos. Avanzó hasta su padre y se postró en silencio.

Clerfen le acarició la cabeza y no pudo evitar que unas lágrimas resbalaran por su rostro.

En ese momento entró Grevo. Cuando vio la escena dio un leve respingo por la sorpresa, pero continuó acercándose, aunque un poco más despacio.

-Majestad. –Dijo.

El monarca alzó la mirada.

-¿Me habéis llamado?- Grevo se imaginó que le había citado para presenciar aquello.

-Sí. Tu primo ha vuelto, como ves.

Grevo percibió cierta dureza en la voz de su tío.

-Es una gran noticia. –Dijo, sin más.

-¿No te alegras?

-¡Sí, mi señor, claro que me alegro! Exclamó sin mucha convicción. Estaba tan confundido que no conseguía pensar con claridad, porque no se esperaba aquello.

El rey ordenó a los soldados que soltaran las cadenas de su hijo y se retiraran. Cogió del brazo al príncipe y lo hizo levantar. Le miró y vio el dolor en su semblante.

-Viccar, siéntate ahí.- Y le señaló la sede al lado del trono. Grevo y el mismo príncipe se quedaron desconcertados, ¡se suponía que era un traidor condenado a muerte...! Pero el joven obedeció.

El conde preso.

Sentado en el jergón de su celda se podía ver a Serkan. Esperaba el cumplimiento de su sentencia con bastante serenidad. Entonces oyó que abrían la portezuela de aquel cuchitril y al alzar los ojos, vio entrar su hija con una cesta.

-¡Padre! – Se lanzó a su cuello tirando la canasta, lloraba al ver el deplorable aspecto que presentaba.

-¡Hija…!- Quiso añadir: “no sufras” pero comprendió que sería inútil.

Se sentaron uno al lado del otro.

-Padre… el príncipe… se ha entregado al rey…

El conde no respondió.

-Le di un contrahechizo…

Serkan seguía en silencio.

-¡Padre! ¡Decidme algo!

El conde miró con infinito cariño a su hija.

-¡Querida Gratchen…! – Pero no pudo seguir, abrazó a la muchacha y ambos dejaron fluir copiosas lágrimas. Así estuvieron hasta que el guardia dio por terminada la visita.

El heredero.

El rey miraba a Grevo con severidad mientras le hacía leer la carta que le trajeron del heraldo muerto. Cuando terminó, estaba pálido y temblaba.

-¡Traición! -Dijo el monarca. -¿no, mi caro Grevo?

El aludido se sentía acorralado y estaba mudo de terror.

-¿Cómo osaste usar mi sello para enviar esta carta?

El sobrino no podía contestar, estaba paralizado y le costaba respirar.

-No contabas con la posibilidad de que el mensajero tuviera un tropiezo ¿Verdad?

Viccar observaba desde su asiento sin decir nada, estaba tan sorprendido como su propio primo…

Grevo se encogía por momentos y sudaba cada vez más.

-Te aliaste con la bruja… para ser el heredero… ¡con hechicería…! y pensabas acceder al trono librándote después de mí…

Viccar empezaba a comprender con enorme congoja todo aquello, pero permaneció en silencio.

-¡Majestad! -Dijo el sobrino con un hilillo de voz.

-¡No! No digas nada, en esta carta está todo escrito, tus pretensiones, tus planes… usaste un heraldo real y mi sello para comunicarte con Valigora. ¿No es todo eso traición, querido sobrino?

Grevo se retorcía lívido, todo su cuerpo temblaba crispado.

-¡Soldados!

Apareció la escolta que había traído al príncipe.

-¡Lleváoslo!

Le colocaron los grilletes y se lo llevaron casi en volandas en medio de desesperadas convulsiones.

El rey se quedó pensativo y murmuró para sí:

-Lo único que lamento ahora… es que no tengo heredero…

Miró a su hijo y, pidiéndole que esperase, salió de la estancia.

El rey en las mazmorras.

La escalera que conducía a las prisiones era oscura y resbaladiza. Clerfen bajaba con cautela armado con una antorcha.

El centinela se quedó de piedra cuando vio aparecer allí al monarca en persona. Le pidió que abriera la celda del conde.

-¡El rey!

Serkan creyó que soñaba, pero era el soberano quien entraba en el calabozo. Se postró en su presencia.

-Levantaos, conde, vengo a por vos.

El aludido no salía de su asombro.

-¡Vamos! Os debo una compensación por vuestra lealtad.

-Mi señor, ¿qué ha ocurrido?

-Vos no pudisteis demostrar de dónde venía la verdadera traición… aunque siempre lo supisteis…

-Majestad, yo sólo vi a Valigora salir de la tienda del príncipe, pero ya era tarde y no sabía si era obra suya o un encargo. Sólo podía protegerle en mi castillo… gracias al encantamiento de mi esposa. Después le encargué un contrahechizo, pero no quiso hacerlo…

El rey dejó escapar un gesto de dolor al recordar a su amado hijo bajo el cruel encantamiento. El conde se dio cuenta y quiso consolarle.

-Debéis saber que…

-No os preocupéis, conde, ya veremos cómo arreglar eso.

Entonces Serkan sintió curiosidad y dijo:

-Mi señor, ¿puedo preguntaros cómo lo habéis sabido?

-La providencia, que vela por todos, aunque tuvo que morir un pobre correo…

El príncipe y su padre.

Viccar aguardaba en la sala del trono que su padre volviera de las mazmorras. Se acababan de llevar a Grevo y el rey no quería prolongar más el sufrimiento del conde. Le pidió que le esperara un momento. Al rato se encontraron de nuevo. El monarca le miró con afecto y dolor. El príncipe se levantó.

-¡Padre!

El rey no sabía a qué atenerse.

-¡Hijo mío!

Viccar se lanzó a los brazos de su padre.

-¡Padre! ¡No estoy hechizado!

El rey se separó del joven para mirarle a la cara.

-¿Cómo dices?

-¡Que ya no estoy bajo ningún hechizo…!

El monarca empezó a reír feliz.

-¿No estás hechizado…? ¡No estás hechizado…! -El rey casi bailaba. –Pero el conde… el contrahechizo…

-No estoy hechizado…-Viccar rectificó: -…aunque, en realidad… eso… no es del todo cierto…

Clerfen dejó de reír y le miró intrigado.

-¿Qué quieres decir? ¡No me des más sustos, por favor!

-En realidad… creo que sigo bajo un encantamiento…

El rey estaba en ascuas.

-¡… me ha hechizado… una joven preciosa…!

Los esponsales.

La guerra terminó con victoria de Valkissier. Eso posibilitaba la preparación de la boda del príncipe. No cabía más felicidad. El único hecho que ensombrecía aquel ambiente de dicha fue la ejecución de Grevo… El rey y su hijo estaban muy apenados porque querían de verdad al joven… Si hubiera sido por ellos le hubieran conmutado la pena, pero, a pesar de ser el soberano, la ley era implacable con la traición… y los nobles no consideraron otra condena para el traidor.

Gratchen estaba deslumbrante vestida de novia y Viccar imponente en su traje de gala. El conde estaba tan feliz como el monarca. Había sido nombrado Duque Principal y consejero del rey, pero su felicidad procedía de la de su hija. A Valia también se la veía encantadoramente gozosa, y su madre… su madre

observaba desde un alto toda la ceremonia. Nadie la podía ver desde allí pero ella no quería perderse nada… y… no sé si sería posible… estaba lejos para verla, pero… ¿puede ser que le cayera una lágrima…?

